



CARACAS
APARTADO 628

Revista Venezolana de Orientación

AÑO 21 - No. 207
JULIO - AGOSTO 1958

A la revolución política de enero ha sucedido en Venezuela, como era previsible, la restauración de la vida sindical.

Este resurgimiento gremial ha tenido generalmente fervorosa acogida; aunque no desconocemos que extensos sectores obreros miran con reserva el nuevo hervor sindicalista. Nace, en buena parte, este recelo, de la reaparición en escena de los viejos líderes político-sindicales, "quemados", según el argot popular, por haber llevado sin necesidad a las masas obreras —con Medina, A. D. y Pérez Jiménez— al vaivén azaroso de los partidos políticos, y por ser responsables muchos de ellos de las malversaciones personalistas o partidistas de los fondos sindicales. Sobrenada, sin embargo, el optimismo y renace la esperanza en el mundo obrero venezolano. Resucitan o se crean nuevos sindicatos; se gestionan apresuradamente contratos colectivos; hasta asoman ensayos de huelga con varia y desigual fortuna.

En el sector patronal cunde un poco la alarma. Se teme que los reclamos obreros —reacción explicable a una situación de tiranía del capital durante la dictadura— alcancen tan abultadas proporciones, que encarezcan la mano de obra, disminuyan el rendimiento de trabajo, con la necesaria secuela de la bancarrota de algunas industrias, el aumento del desempleo y el encarecimiento de la vida. En efecto, el ramo de la construcción, el más vital después del petróleo en Venezuela, por su propio volumen y por afectar a múltiples empresas que surten los materiales, acusa una baja impresionante desde enero a julio. Según el valor de las construcciones autorizadas: febrero, 25 millones; marzo, 10; abril, 8; mayo, 8; junio, 4.

No vamos a justificar del todo la alarma del naciente y tímido capitalismo venezolano. El capitalismo norteamericano, por ejemplo, tiene vida próspera a pesar de contar frente a sí el más compacto y poderoso de los sindicalismos modernos. Pero es evidente que el momento político de Venezuela pide de todos y para bien de todos una gran circunspección, una seria reflexión sobre los mutuos derechos y deberes. Crear la alarma nos pondría en la contingencia de perder la libertad. Algo de eso refleja la tregua sindical, pomposamente proclamada y escasamente respetada por patronos y obreros.

Nosotros vemos con sincera simpatía el resurgir gremial de Venezuela. Estamos dispuestos a luchar denodadamente por su difusión por toda la República y por su libertad, amenazada por la peligrosa intromisión de los partidos políticos.

Pero no podemos menos de detenernos un momento en el camino para reflexionar: ¿A dónde vamos? ¿Cuál es el objetivo final? ¿La revolución social que proclaman los comunistas, para llegar a la farsa de la dictadura del proletariado, cuya traducción legítima es la dictadura policiaca del partido comunista?

LA META: LA PROMOCION DEL PROLETARIADO

Vivimos manifiestamente la gestación de una revolución social. La Revolución francesa del siglo XVIII llevó al triunfo igualitario de la burguesía. La Revolución Social del siglo XX llevará a la promoción del proletariado, esa cuarta clase, hoy violentamente sojuzgada por el ingente señorío del capitalismo burgués.

La promoción del proletariado supone un esfuerzo por obtener para el obrero un nivel más alto de vida; un nivel más alto en el orden económico, cultural, social y moral.

LA ELEVACION
DEL PROLETARIADO

Conocida la meta, estudiemos el sendero que conduce al escarpado objetivo de toda nuestra acción social.

Interesa en primer término destacar la dificultad de tan alta empresa.

El fervor sindicalista que acaba de despertarse es saludable; pero constituye un solo escalón, ciertamente básico, de los muchos que presupone la promoción obrera. Incluso para que las conquistas sindicales sean beneficiosas y no perjudiciales, debemos facilitarle al obrero otras conquistas. En primer término, cultura. Un dirigente obrero nos contaba recientemente con la más sincera desilusión: "Mientras discutíamos el contrato colectivo hasta las 11,30 de la noche, los obreros de la empresa se divertían en el botiquín de la esquina. Cuando salimos estaban todos "paloteados". Y me asaltó la amarga reflexión: Estamos batallando un aumento de salario para estos compañeros. ¿Lograremos con ello una vida más humana y feliz, sobre todo para sus familias? ¿No estaremos conquistando más medios para sus vicios, sus parrandas y sus borracheras?"

Bien están los pliegos conflictivos; las prestaciones sociales; los contratos colectivos y, en general, los organismos sindicales... Pero, al alcanzarlos, como primeras victorias, tengamos la persuasión que no hemos llegado a la meta; que iniciamos más bien un largo camino.

TOQUEMOS LA RAZ DE LOS PROBLEMAS

Apliquemos al problema social un principio, muchas veces repetido en estas columnas y simplicísimo; por serlo, se descuida con enorme frecuencia. No nos empeñemos en remediar los efectos sin estudiar y remediar las causas. No soñemos en solucionar el problema de la vivienda suburbana sin remediar las causas del éxodo rural. No nos empeñemos en multiplicar cárceles, hospitales y manicomios sin atacar el alcoholismo. No nos quejemos de la niñez abandonada si fomentamos con nuestras leyes el concubinato y el divorcio.

Aplicando el principio: No soñemos en la promoción obrera sin estudiar las causas de la miseria y depresión proletaria.

CULTURA GENERAL.—No deben extrañarnos las reacciones de "manguereo", indisciplina y a veces insolencia que suscita en muchos obreros la aurora de las libertades cívicas. Para saber que el orden en el uso de la libertad supone mayor responsabilidad y esfuerzo que el orden en la tiranía, hace falta una base de cultura general. ¿Por qué hay orden en la Alemania de Adenauer o en los países escandinavos, en el uso pleno de la democracia? Porque hay una cultura general elevadísima, que alcanza a todos los sectores de la ciudadanía. No olvidemos que somos una nación que tiene un porcentaje que oscila en el cincuenta por ciento de analfabetos; y que seiscientos mil niños venezolanos no tienen escuela. No soñemos en la promoción obrera mientras no se ponga remedio a estas dos quiebras vergonzosas de Venezuela.

CULTURA MORAL.—Más importante que la propia instrucción general resulta la cultura moral del proletariado. Un siglo de liberalismo sectario, al que amenaza suceder un siglo de sectarismo materialista, agostan las raíces morales que cimentan el bien obrar. No hay familia bien constituida; se repite con pavorosa frecuencia el abandono paterno del hogar; el licor, la licencia, el juego y el vicio consumen en pocas horas del sábado la principal porción del salario semanal del obrero; se proclama como virtud la procacidad vulgar y la viveza. ¿Tiene bases morales nuestro proletariado? Ya que en su casi totalidad se proclama católico, ¿conoce su fe, entiende las prácticas religiosas? El esfuerzo nacional del Episcopado venezolano por el aumento de las vocaciones sacerdotales pasará desapercibido para muchos como fenómeno de proyecciones sociales. Aun prescindiendo de nuestro carácter religioso, nosotros opinamos de muy distinta manera. Una base central de la cultura de nuestros pueblos del interior es el párroco. Negarlo sería una miopía. Pero, de una manera particular, de la cultura moral de nuestro pueblo. Su labor silenciosa y lenta, ayudada eficazmente por los centros de educación religiosa, lleva paulatinamente a un vivir más culto y refinado, a la constitución regularizada del hogar, a la responsabilidad paterna, a una comprensión más humana de la alegría popular sin el mortífero y artificial recurso al licor y al vicio. El propio ahorro, que es virtud y supone sacrificio y superación de los caprichos y pasiones momentáneas, debe tener una base en las convicciones morales del obrero.

CULTURA TECNICA.—En un estadio más avanzado debemos reclamar para nuestro proletariado la formación técnica. El mundo es cada día más de los técnicos; y la tecnocracia, en su exceso, llega en nuestros días hasta la automatización. A pesar de la escasa selección de la inmigración que nos ha llegado, el obrero venezolano no ha resistido la competencia del obrero extranjero. Nuestra agricultura, ya difícil por la pobreza vegetal de nuestro suelo, está llamada al fracaso en la competencia internacional si no llegamos a la mecanización, al riego y al abono; si junto a las escuelas rurales no se organizan parcelas de experimentación; si no se multiplican escuelas agrícolas escalonadas hasta la Universidad agraria. Lo que se dice de la agricultura hay que repetirlo de la industria. Junto a la labor del Estado es preciso que nazca —patrocinada por el Estado, que debe aprender la ciencia democrática de no querer hacerlo todo— la escuela profesional de iniciativa privada y aun de iniciativa patronal y sindical. ¡Qué acertado destino sería el de las economías sindicales si en vez de permitir se cebaran en ellas los parásitos políticos, con título de líderes sindicales, se destinaran a obras sociales, tan vitales como las escuelas técnicas y profesionales! Podría servir de modelo la cooperativa de Rochedale, que desde su nacimiento en 1844 destinó el diez por ciento de sus ganancias líquidas a la creación de escuelas para los hijos de los socios. Hoy, con nueve millones de miembros, cuenta con una red imponente de institutos docentes.

AHORRO.—Desbordando los capítulos generales, que venimos señalando, vamos a insistir en un punto neurálgico en nuestro ambiente obrero tropical: el ahorro. Sin él es una utopía la promoción obrera.

El clima suave, el suelo fértil, la escasa densidad de población, la riqueza milagrosa del petróleo... han contribuido a formar un espíritu nacional poco propicio a la previsión y al ahorro. Algo ayudó en los últimos años a despertar la inquietud del despreocupado obrero criollo la pasmosa facilidad con que el inmigrante —ahorrador y previsivo— lograba escalar en poco tiempo niveles sociales más elevados. El Estado y la iniciativa privada se esfuerzan por superar la resistencia al ahorro por medio de cajas obligatorias.

Una lucha difícil nos espera en esta conquista: la oposición del líder político marxista, al que no le interesa que el obrero ahorre, porque eso le resta espíritu de combate y lo hace menos propicio a la revolución social.

CULTURA PROFESIONAL.—Nuestra masa obrera, y mucho más nuestro dirigente obrero, necesita cursos de capacitación económica, social y sindical. Sólo así alcanzaremos la necesaria eliminación de los líderes políticos, injertados parasitariamente en los organismos sindicales. Estados Unidos es un buen ejemplo en este aspecto. Sus altos líderes obreros han realizado estudios de especialización incluso en la Universidad. Se sienten, en consecuencia, superiores en categoría a los comunes líderes políticos; pueden sentarse a la mesa y discutir de economía con los próceres de la producción; y debatir victoriosamente con los abogados de las empresas sobre legislación social... Las Universidades católicas, particularmente, han creado cursos de capacitación para dirigentes obreros. Conducidos por jefes conscientes y capacitados, los sindicatos serán más eficaces, menos ingenuos y podrán resistir el interesado halago de los líderes políticos.

LA META

Nosotros no creemos en la revolución social, ni en el odio de clases, ni en la dictadura del proletariado, ni en el paraíso soviético. La solución del problema social no está en desposeer a todos de sus propiedades y hacer de la nación un cuartel de empleados del Estado capitalista. Creemos que el capitalismo del Estado —representado por los dirigentes del partido comunista montados en el poder— es menos humano, más cruel y más detestable que el detestado capitalismo burgués que padecemos.

La última meta de la promoción del proletariado, según la doctrina católica, está precisamente en aumentar el número de los propietarios: propietarios de la tierra, en el campo; propietarios de acciones, en la industria. Los católicos, que no podemos afirmar que el régimen de salario es en sí mismo injusto, aspiramos, sin embargo, a superarlo por el contrato de sociedad, por el accionariado del trabajo, por la cogerencia de la empresa. Altísimos ideales colocados en la cima, a la que conduce un largo y áspero sendero que acabamos de describir.

M. A. E.